



LA MUERTE DEL GENERAL

DE
MARCOS MALAVIA

*Traducido del español
Por Angela Verdejo N.
En colaboración con el autor*

*124, bis Av. Henri Ravera
92220 Bagneux
FRANCE*

NOTA

Los derechos de representación del presente texto quedan libres de derechos de autor para todo montaje que se realice en los siguientes países de América Latina: Bolivia, Perú, Chile, Ecuador, Uruguay, Venezuela y Argentina.

Previa autorización del autor, ésta será otorgada en base a un dossier de producción que se debe enviar al mismo autor al correo electrónico: m.malavia@orange.fr

Para otros países, la solicitud para su puesta en escena y representación debe realizarse a la Sociedad de Autores Dramáticos de Francia. SACD- Paris

<p>Deposito legal N° 1993-03-05 SACD Paris Numero de Afiliado 284446</p>
--

La Muerte del General

Fue creada el 12 de Octubre de 1998 en París
Théâtre de l'Épée de Bois
(Cartoucherie)

Dirección : Marcos Malavia
Música : Adrian Politi
Escenografía e iluminación : Erick Priano

Interpretado por :

El General : Jean Gillibert
Ángel Antonio : Raymond Gil
El enterrador : Christian Gorin

Un mausoleo de muros recubiertos de arcilla verdosa. En una de las tres paredes se abre una puerta que da a un pasillo. Al centro, un poco hacia el fondo, una mesa; sobre ella, herramientas: un martillo, una pequeña bolsa de clavos, dos tarros de pintura, dos pinceles y lija. Una tabla de un metro setenta se encuentra apoyada verticalmente contra el muro del fondo detrás de la mesa, y otras tres, más largas, extendidas en el suelo al lado de la mesa. En la corbata derecha del escenario, un viejo sillón donde está durmiendo el General, una frazada gris le cubre el cuerpo hasta la barbilla. Lleva un viejo traje militar azul. Tiene cabello gris muy corto, su rostro está pálido. En la corbata izquierda, un poco hacia el centro, un baúl, donde está sentado Angel Antonio. Lleva una levita negra con una corbata color nácar y un chaleco de brocado. De los bolsillos del chaleco cuelgan dos leontinas. La ropa del General y la de Angel Antonio están levemente impregnadas de polvo verdoso. El suelo también hace pensar en la arcilla de los muros. – Un silencio. Luego se oyen tres ladridos de perro. Un silencio, luego se oye un ladrido largo. Un largo silencio.

ANGEL ANTONIO:

(Le echa un rápido vistazo al pasillo. Un tiempo, luego saca de uno de sus bolsillos un reloj. Lo mira, luego, del otro bolsillo, saca otro reloj. Mira con atención ambos relojes. Un tiempo. Risa breve.) Imposible equivocarse. (Pone ambos relojes contra sus oídos.) Tic tac. Tic tac. Tic tac... Tic...Tac. Tic...Tac. Tic...Tac. (Se muestra conforme. Un tiempo.) ¡Gira...! (Separa ambos relojes de sus oídos.) La tierra gira. Implacable e insólita. Gira... Paseo constante. (Una pausa. Luego aleja los relojes de su rostro sosteniéndolos con los brazos extendidos.) Precisos. Exactos... (Contempla ambos relojes, luego le echa un breve vistazo al General. Mira de nuevo los relojes.)

Siempre juntos, nunca separados. Con la misma precisión, juntos. Con la misma decrepitud, juntos. Jun-ti-tos. (Una pausa, luego vuelve a guardar en sus bolsillos los relojes.) Un tiempo. Luego mira con atención al General.) Inmerso en un viaje. Entre los corredores de la fiebre. Agitando los brazos para no dejarse arrastrar por el ciclón ardiente. (Un tiempo. Suspira una vez, luego se pone de pie. Mira a su alrededor.) Geometría fatal. (Se dirige hacia la mesa, donde se detiene brevemente, luego, hacia la puerta donde se inmoviliza, contempla, desde el pasillo, el exterior. Se pone a silbar una melodía de vals. Un tiempo. Se pone a cantar el vals.)

La mar trae a un enterrador
Un enterrador atrae a la mar

(Para de cantar. Un tiempo, luego vuelve a cantar.)

La mar trae a un enterrador
Un enterrador atrae a la mar
Atormentada una tela se vuela,
olvidando que todo fue tan frío.
La mar trae a un enterrador,
Un enterrador atrae la mar.

(Un tiempo. Luego, siempre tarareando la melodía, se dirige hacia la mesa. Mira la tabla que está apoyada en el muro y deja de tararear.) ¡Un metro setenta...! Setenta y pico. *(Le echa un vistazo al General.)* ¡Le quedará bien! *(Acaricia la tabla.)*

Nada de piedad durante la partida. Sólo un breve escalofrío, a lo largo de toda la columna vertebral. *(Agita con suavidad la cabeza y sonrío al mismo tiempo.)* ¡Un breve escalofrío...! ¡Un breve escalofrío...! Me acostumbraré a eso. El aire de los infiernos sopla un salvaje concierto espiritual. *(Una pausa.)* ¡Reminiscencias...!

(Levanta una tabla que se encuentra en el suelo. La examina de arriba abajo.) Insolente, tienes que conservar tu serenidad. Los gusanos intentarán penetrarte. Penetrar tu carne, a pesar tuyo, se saldrán con la suya. Tu piel reseca víctima de la descomposición. Aún más profundas serán las delicias. *(Pone la tabla sobre la mesa. Echa un pequeño vistazo al General que no se ha movido. Luego busca por la mesa.)*

¿Dónde se metió...? *(Hurga entre las herramientas.)* ¿Se esfumó...? ¿Que jugarretas son éstas eh...? *(Busca bajo la mesa.)* ¿Quieres aturdirme...? *(Deja de buscar.)* Imposible. Los objetos no se pierden así como así. ¡Veamos! *(Piensa, un tiempo.)* Ya sacamos todo. Y todo está bien ordenado en la mesa. Y... Y los clavos también. Todo está claro. No se puede haber esfumado... A menos que... *(Se dirige hacia el baúl.)* Sólo puede ser eso. ¡Debe de esconderse allí...! ¿Cómo lo hizo? ¡Anda a saber...!

(Abre el baúl, luego busca. Un tiempo, cierra el baúl.) ¡Nada...! *(Inquieto, camina, luego se detiene. Mira la mesa.)* Seguro, allí estaba. ¡Allí es-taba...! Tiene su lugar designado, allí donde se queda... ¿A no ser que de pronto uno sufra de alguna ausencia?

(Mueve la cabeza, luego se agacha y recorre el suelo con la mirada. De repente, detiene la mirada bajo el sillón.) ¿Eres tú...? Claro que sí, ése eres tú. ¿Qué miér...coles estás haciendo ahí? *(Se dirige hacia el sillón, luego se pone de rodillas en el suelo. Trata de agarrar el serrucho.)*

¡Ya, ven para acá...! ¡Hagamos ronronear a la atmósfera...! *(Saca el serrucho de debajo del sillón.)* ¿Cómo hiciste para llegar hasta aquí...? *(Echa un vistazo al General, luego se pone de pie.)* No me digas que yo te dejé tirado así. *(Se dirige hacia la mesa.)* Ya sé. Esas ausencias. Pero no sé, por lo menos debería recordar que te escondí allí. Bueno, anda a saber con qué astucias lograste ilusionar mi mirada. Ya basta, ¡Las escondiditas esas...! Vamos. *(Toma una cinta métrica, luego piensa.)* Sí, un verdadero ataúd de un metro setenta y pico... Un ataúd negro. *(Mide la tabla.)* Dejar espacio para una posible evasión. *(Risa breve, luego con un lápiz traza una marca sobre la plancha.)* ¡Aquí! *(Toma el serrucho, luego mira la tabla.)*

¡Pero... Oye...! ¡No te pongas tan pálida! *(Como si le hablara a la tabla.)* ¿Tienes miedo...? Sabes, es una cuestión de destino. No hay nada que hacerle. No podemos hacerle nada. ¡No trates de conmovirme...! *(Asierra tres veces suavemente.)* Querrías verme llorar... *(Asierra tres veces fuerte.)* Tratas de que me dé pena. *(Asierra seis veces con ritmo regular.)* A tu corazón le gusta la tortura. *(Asierra con fuerza.)* Quieres torturarme. *(Asierra.)* Pero ten cuidado. ¡Cuidado...! *(Asierra con ritmo mecánico.)* Ten cuidado no vaya a ser cosa que a pesar de tu belleza y de tu encanto, te llegue tu turno, y que todo termine dislocándose.

(Para de aserrar. Se limpia la mano, luego observa la tabla.)

¡Cariño, qué mimosa te ves...! *(Vuelve a aserrar. Asierra y al mismo tiempo va diciendo el parlamento.)*

Derrama lágrimas... Lágrimas profundas. Querría tener cristales. (*Asierra.*)
Por qué te quedas... ¿Por qué...? (*Asierra.*) ¿Por qué te quedas si te hago
sufrir? (*Asierra más suavemente.*) Te puedes ir. Te lo digo yo. (*Asierra con
delicadeza. Un tiempo. Luego se pone a aserrar con violencia, un tiempo.*)
Llorar. Llorar cuando no tengo que elegir más. (*Asierra.*) Quería darte
pena... Pero era para conservarte. Creyendo que el dolor encadena. (*Asierra
más rápido.*) Soy yo... soy yo quien llora, me toca a mí. (*Asierra más
suavemente, con atención.*) Y que mi dolor te de-sar-me... (*Asierra con
breves pausas.*) ¡Palidece...! ¡Qué...! Quieres... ¿Irte? (*Asierra muy
suavemente.*) No tienes corazón... Adiós, dice él... me voy con gran pena...
(*El pedazo de madera cae al suelo. Un silencio. Recoge el pedazo de
madera y lo pone sobre la mesa. Luego escruta el corte que acaba de
efectuar.*)
¡Veamos...! (*Sopla el polvo. Luego mira de nuevo el corte. Un tiempo.*)
¡Nada mal...! Nada mal, podría ser mejor, seguro... (*Toma una lija y lija
donde cortó.*) Pulir... Pulir hasta que estés liza como... Liza como...

EL GENERAL:

(*Se mueve con pesadez en su sillón, luego en voz muy baja.*)
¡Aaaah...! ¡Aleph!!

ANGEL ANTONIO:

Deja que te lije. (*Frota con fuerza.*) Ya vas a ver, es simple. Muy simple.

EL GENERAL:

(*Se agita, luego profiere palabras inaudibles. Un tiempo. Siempre agitado y
con voz grave.*)
Mon... Lutre... Alado... Amont... Lustre... Lera...

ANGEL ANTONIO:

(*Para de frotar.*) Espera. Está cantando. (*Escucha al General.*)

EL GENERAL:

(*Habla sin moverse, alargando las sílabas de las palabras.*)
Lutre azote...
Au lot nard...
Rio aurore... Le jano...!
Un luna en sous...!
(*Tose, luego se inmoviliza.*)

ANGEL ANTONIO:

(*Mirando al General.*) Inmerso en la noche oscura de viejos terrores de
noche. (*Vuelve a lijar prolijamente.*) ¡He aquí el castigo...!
¡Transfórmanos...!

EL GENERAL:

(*Está siempre inmóvil con los ojos cerrados.*)
Tem
Tem viviant...
Temps vivants. Tiempo vierto...
¡Viviant... viviente...!
¡Tiempos vivos! (*Suspira*)

ANGEL ANTONIO:

(Lija.) Implacablemente la tierra gira. Le corta el soplo a las hojas que caen como una suave acaricia.

EL GENERAL:

(Sigue inmóvil, con los ojos cerrados.)

¿Raúl Hernández...

de qué tienes miedo?

La rigidez de la soga, alrededor de tu cuello, tiembla frente a mí mismo.

Tus ojos, a medio cerrar,

son pedazos de vidrio.

¡Escapemos...!

Mi miedo tiene miles de lenguas distintas,

por los actos detestables que yo mismo cometí.

¡Aniquilar las almas incrédulas...!

Ni una sola criatura me ama,

y me desespero sin tener piedad alguna para conmigo mismo.

Me parece estar respirando la aurora,

de todos los que asesiné,

Raúl Hernández, cierra tus ojos,

salpica esta mañana de otoño...

Antes de que el miedo cambie la forma de las flores

que esperan el juicio final,

y que el mar se quede dormido detrás de un árbol.

¡Escapemos!

Fuera de mí mismo,

perecer en otros tiempos,

deslizarse lentamente lejos de esa mañana de otoño.

Apágate... Apágate, llama...

Dejarse ir, sin más terror en el alma.

Todavía es de día,

y tu mirada está aquí.

Raúl Hernández,

y las de los demás también.

Mil corazones se inflaman en

los estrechos corredores de mi noche.

¡Escapemos...!

Escucho los tambores

que el furor de las llamas inspira.

Qué el mar se los lleve

a dormir,

a morir en el fondo

de un sueño ebrio

lejos de tu mirada.

¡Escapemos...!
(Tose, luego abre los ojos, mira a su rededor.)
Animado... A-ni-ma-do...

ANGEL ANTONIO:

(Sin parar de lijar.) El mar está animado. Bestialidad precoz, no te tengo miedo. Las alucinaciones son una mueca, saludable, curable. (Para de lijar. Mira con atención la tabla.) Ya empiezas a parecer algo. A pertenecer a un universo cualquiera. A ser parte de un objeto severo.
(Sopla el polvo. Se agacha un poco y, con un ojo cerrado, examina la tabla.)
Perspectiva inerte y blanca. Eres bella como la carne de una manzana.

EL GENERAL:

(Echa un vistazo a Angel Antonio. Luego deja caer su cabeza.) Escalofríos...
¡Tengo escalofríos...!

ANGEL ANTONIO:

(Toma la lija y lija minuciosamente el centro de la tabla.) Tan limpia como la carne de una manzana.

EL GENERAL:

(Tiembla.) Glacial... Ardiente...

Brasero inigualable,
frío incendio,
que busca
desfigurarme...

El viento arrastra la flor.
Y yo ardo.
Buscar en el interior.
Ir hasta el fondo.

ANGEL ANTONIO:

(Para de lijar. Se pone al final de la tabla, se agacha un poco, luego examina la tabla.) ¡Veamos...! ¡Ya está...! Te ves hermosa muñequita. (Levanta la tabla y la pone verticalmente.) Flor de los arrepentimientos y de la pena. (Sonríe, luego con una mano acaricia la tabla.) Sus nalgas se han llenado de grasa, y la médula de sus huesos se ha quedado húmeda. Mi preciosura... Te volví limpia. Después de haberte pulido. ¡Bueno, ya basta...! Anda a juntarte con tu camarada. (Pone la tabla parada y la apoya contra el muro al lado de la otra tabla. Las contempla ambas.)

- El General saca su pañuelo. Tose, su pañuelo cae al suelo. Intenta recuperarlo.

ANGEL ANTONIO:

(Mira al General que trata de recuperar el pañuelo.)
¡Ya voy...!

EL GENERAL:

¡Ya está...! ¡Ya está...! Todavía puedo hacerlo yo solo. (*Recupera el pañuelo y se queda con él en la mano.*)

ANGEL ANTONIO:

(*Contempla ambas tablas.*) ¡Ah...! Las dos gemelas, pillas, ustedes me hacen sentir raro. A eso se le llama trabajo, saben. Buen trabajo. Hablo de su presencia. Parece que trataran de conmovirme. ¡Extraordinario...! Luego se convertirán en un objeto impenetrable. Seguro. Tan antiguo como la memoria. Se lo digo yo. (*Risa breve.*) No tengan miedo. ¡No pasará nada...! (*Alza los hombros, luego va a buscar otra tabla que está en el suelo.*) A ti te toca, reinita...

- *De repente, se oye un largo ladrido. Angel Antonio escucha con atención. Luego los perros ladran de nuevo, tres veces. Se oye una música de fiesta a lo lejos.*

EL GENERAL:

(*A Angel Antonio.*) ¿Están bailando...?

ANGEL ANTONIO:

(*Dice que sí.*) ¡Hmmm...! ¡Hmmm...!

EL GENERAL:

(*Asombrado.*) ¿No muy lejos de aquí...?

ANGEL ANTONIO:

(*Dice que sí.*) ¡Hmmm...! ¡Hmmm...!

EL GENERAL:

¡Miserables...!

ANGEL ANTONIO:

(*Pone otra tabla sobre la mesa. Un tiempo, luego al General.*) Vi dos gallos.

EL GENERAL:

¿Dos gallos...?

ANGEL ANTONIO:

Sí, sí... Se retorcían en el barro.

EL GENERAL:

(*Trata de entender.*)
¿Se retorcían?

ANGEL ANTONIO:

Vi una riña de gallos. Se retorcían uno contra el otro.

EL GENERAL:

¿Y...?

ANGEL ANTONIO:

Nada. Era chistoso verlos. Un espectáculo de esos que no se ven muy a menudo. De una animalidad feroz... El sufrimiento era efímero.

EL GENERAL:

¿Su sufrimiento era efímero...?

ANGEL ANTONIO:

Sí. No tenían ninguna conciencia de su desastroso estado.

EL GENERAL:

¿Su dolor era efímero también?

ANGEL ANTONIO:

No. Pero no intentaban escapar de él

EL GENERAL:

(Ausente.)

Penetrar el dolor.

Penetrarlo con un impulso desenfrenado.

Hasta la insensibilidad...

Hasta que un profundo placer indefinido te invada.

(Un tiempo, luego a Angel Antonio.) ¿Y luego?

ANGEL ANTONIO:

Eso es todo.

EL GENERAL:

¿Uno de los dos terminó ganando la pelea, no?

ANGEL ANTONIO:

Pienso que sí.

EL GENERAL:

No lo sabes. ¿No estuviste hasta el final?

ANGEL ANTONIO:

No. Sólo pasaba. No tenía tiempo que perder.

EL GENERAL:

Por qué ese desprecio... ¿Pretendes ser el más listo?

ANGEL ANTONIO:

No... Necesitaba clavos. Eso es todo. Además...

EL GENERAL:

(Insiste.) ¿Además qué?

ANGEL ANTONIO:

Además era fácil prever... A uno de los dos le arrancaron los ojos. Por esa razón decidí que era inútil quedarme nada más que para contemplar una agonía.

EL GENERAL:

Contemplar una agonía... ¿Eso no te interesa?

ANGEL ANTONIO:

(Enfático.) Tenía prisa. Necesitaba clavos.

EL GENERAL:

(Después de pensar.) ¿Estaban en su mejor momento?

ANGEL ANTONIO:

No estaban mal. Uno tenía una cresta muy roja que contrastaba con sus plumas blancas y negras. El otro era más feo, con sus plumas negras y blancas. Ambos tenían las mismas chances de ganar la pelea.

EL GENERAL:

¿Cuál de los dos terminó con los ojos destrozados?

ANGEL ANTONIO:

Difícil saberlo. Al principio eran identificables. Después, entre el barro y la sangre, imposible reconocerlos. Distinguirlos.

EL GENERAL:

Una pelea muy reñida. Rápida y descarnada.

- Angel Antonio con un trapo limpia la tabla. Un silencio.

EL GENERAL:

(Observa a Angel Antonio.) ¿Y la caja..?

ANGEL ANTONIO:

(Confuso.) Perdí los clavos. Entonces, estoy atrasado.

EL GENERAL:

¿Ahora tienes clavos...? ¿Tienes todo lo que te hace falta?

ANGEL ANTONIO:

Sí... Encontré clavos. Había algunos que estaban torcidos, entonces los enderecé. Todo está ahí. Va a ser un auténtico ataúd negro.

EL GENERAL:

¿Negro...?

ANGEL ANTONIO:

Sí, negro. ¿Está bien?

EL GENERAL:

(Con indiferencia.) Sí...

ANGEL ANTONIO:

(Limpia la tabla con entusiasmo.) Un lindo cajón negro de un metro setenta y pico. Sobrio, algo que recuerda la abstinencia, sin ninguna decoración particular. Sólo de forma cuadrada y negro. Des-nu-do...

EL GENERAL:

(Ausente.)

Un cajón severo...

Amortajado por una caracola inerte.

Seré como esas casas viejas,
donde se pasaron el tiempo amontonando cosas en todos los rincones,
viejos recuerdos, llenas.

Y que un día nos vamos llevándonos todo con nosotros.
Dejando los corredores destrozados, agrietados, casi derrumbándose,
víctimas de la humedad viscosa.
Aroma asqueroso de un caparazón
inanimado,
tieso y obsoleto, vacío...
Vacío.

Más vacío que un espejo infinitamente borrado.

ANGEL ANTONIO:

(Con su cinta de medir, mide la tabla.) Cortaré para usted un objeto que devora... *(Traza con su lápiz una marca.)* ¡Aquí...!

EL GENERAL:

(A Angel Antonio.) ¿Oye, el sol ya está ausente?

ANGEL ANTONIO:

(Saca sus dos relojes.) Si uno pudiera detener esas agujas... *(Mira alternativamente los relojes de cerca.)* Aquí se detienen nuestras vertiginosas emancipaciones...

EL GENERAL:

¿Giran?

ANGEL ANTONIO:

Claro... Sin piedad alguna.

EL GENERAL:

¿Es tarde?

ANGEL ANTONIO:

¿Tarde?

EL GENERAL:

(Más insistente.) ¿La noche ya ha caído?

ANGEL ANTONIO:

Ah... Bueno el sol se escondió, de eso sí que estoy seguro. Pero del resto, no puedo afirmar nada. Habría que ir a ver.

EL GENERAL:

Entonces ve a ver.

ANGEL ANTONIO:

(Guarda los relojes en sus bolsillos.) Vamos a ver... *(Toma su levita.)*

EL GENERAL:

(Observa a Angel Antonio que se está poniendo su levita.) ¿Hace frío afuera?

ANGEL ANTONIO:

No. El viento sopla como en infierno.

EL GENERAL:

¿Entonces para qué te metes esa cosa...?

ANGEL ANTONIO:

Forma parte de mí.

EL GENERAL:

Te sientes incompleto.

ANGEL ANTONIO:

Es cuestión de costumbre. Sin ella, me siento extrañamente perdido. Solitario. No puedo evitarlo. Con ella tengo la alucinante impresión de ser alguien.

Bueno, me voy.

- Angel Antonio se dirige hacia el pasillo haciendo resonar sus pasos y hace mutis.

EL GENERAL:

(Mira a su alrededor. Tose discretamente.)

Cuerpo extranjero a mí mismo.

Facultades motrices

atrofiadas...

Mi carne se ha vuelto irreconocible.

Extraña.

Fría y caliente al mismo tiempo.

Gusanos habitarán mis arterias,

se adueñarán de mi alma,

aprovechándose de mi ausencia definitiva.

Para después, volver a subir a la superficie, volver a subir...

El perdón...

¡Travesía...!

En el mar, esfera fosforescente.

Una estirpe fugitiva y blanca se aleja discretamente.

Hundiéndose en el horizonte hasta perderse.
Aroma... Devastador.
Amargo y dulce, pegado a mi piel...

- De pronto se oyen los perros que ladran. Los ladridos son muy violentos. El General levanta la cabeza. Los ladridos continúan. Bruscamente los ladridos cesan...

EL GENERAL:

(Dice que sí, luego se limpia la boca con su pañuelo. Un tiempo. Guarda el pañuelo. Un silencio.) Siempre la misma presencia. Una sombra que me sigue sin perder aliento...

- Un silencio. Angel Antonio entra. Camina en puntas de pies.

ANGEL ANTONIO:

(Se detiene a algunos pasos del sillón. Luego, con timidez, al General.)
¿Despierto...?

EL GENERAL:

¿Tú los hiciste callar?

ANGEL ANTONIO:

Sí. ¡En el estado que están...! ¡Lamentable...!

EL GENERAL:

¿Ya ha caído la noche?

ANGEL ANTONIO:

No. Todavía no.

EL GENERAL:

¿Y? ¿Cómo está el cielo?

ANGEL ANTONIO:

¡Raro...! Entre dos luces. El sol se ha apagado. Pero el resto está... está...

EL GENERAL:

¿Anormal?

ANGEL ANTONIO:

Estrafalario.

EL GENERAL:

(Mira con atención a Angel Antonio.) Quieres decir extraño. ¿Qué? ¿Hay algo en particular?

ANGEL ANTONIO:

No, para nada. Al contrario, todo parece familiar. Nada inestable. Sólo esa pesadez en el ambiente, como si de repente algo faltara, sin que se haya ido verdaderamente. Todo está entre dos aguas.

EL GENERAL:

Perdido entre el día y la noche...

ANGEL ANTONIO:

Incluso los perros están al borde de la angustia por culpa de esa misma extrañeza. Con el hocico apuntando al cielo, hacen llamados de posesos de la luna.

EL GENERAL:

¿Tienes miedo?

ANGEL ANTONIO:

No. Estoy triste. Siento que la noche cae dentro de mí mismo. (*Se pone la mano sobre el pecho.*) Y me pongo ácido.

EL GENERAL:

Diletante luna, arrastrado por la brisa oscura.

- Angel Antonio se dirige hacia la mesa.

ANGEL ANTONIO:

(*Mira la tabla detrás de la mesa.*) ¡Hay que terminar este trasto...! (*Se saca la levita, luego la cuelga. Un tiempo, toma el serrucho, luego, como si le hablara a la tabla.*) ¡Qué paciencia tienes, preciosura! ¿Oye, tú también quieres verme llorar...? ¿O eres más razonable que las demás...? (*Una pausa, como si esperara una respuesta.*) Ya... Después te vestiré de negro. Te vas a ver hermosa. Más de alguno te va a envidiar. Ya vas a ver... (*Un tiempo, luego mira el serrucho.*) Trata de ser más sonoro tú. No nos demoremos más...

- Angel Antonio se pone a aserrar.

EL GENERAL:

(*Pensativo.*) Una sombra... (*Un tiempo, Angel Antonio asierra tres veces.*) Una imagen en mi memoria me persigue, una sombra que se prolonga. (*Angel Antonio asierra cuatro veces.*) Inevitable, incansable. Repitiéndose en imágenes superpuestas en el infinito... Mientras que todo se ha detenido cruelmente.

ANGEL ANTONIO:

(*Asierra dos veces de manera breve, luego se pone a cantar.*)

Tengo un perro que se la pasa chillando.
Y una vieja pedorra gritando.

Tendría que haberme dado cuenta, cuando te vi,
que no eras más que una puta.

Tengo un perro que se la pasa chillando.
Y una vieja pedorra gritando.

- Angel Antonio asierra, con ritmo mecánico, mientras que el General va diciendo su texto.

EL GENERAL:

Un viaje que nunca se define,
noche tras noche me acompaña.
Un ataúd anda perdido en mi cerebro.

Reminiscencia inevitable
que aletea, aturdiendo mi mirada,
bailando en mi caja ósea.
Terminar precipitándose hacia el suelo en una carrera incansable.

(Deja caer su cabeza hacia atrás. Se queda con la mirada en alto. Se oye aserrar.)

¡Fiebre...!
Derramas un aroma viscoso de cenizas.
Un signo más que me ata.
Geometría inconsolable...
Eficaz. Un abismo en cada paso.
Caminaré mientras mis ancestros
me saltan a la cara.

(Se pone a toser muy fuerte.)

¡Ahí...!
Guarda tu impulso para la noche estrellada...
Ahí es donde hay que ser más eficaz.
Más que cualquier fiebre,
son las noches que recuerdo.

Una presencia tiesa colgando de un árbol,
fría e inerte...
Reminiscencia inevitable.
Sombra que me acompaña...

En la neblina.
Barquero que se aleja
y nos hace creer que trata de olvidarnos.
Sajar el cordón umbilical de los sueños.

- Angel Antonio termina de cortar la tabla. El pedazo de madera cae al suelo. Un silencio.

ANGEL ANTONIO:

¡Ella es la que nos enloquece...! *(Recoge el pedazo de madera.)* Esclavo...
Engatusadora. *(Sopla el polvo, luego examina el corte que ha hecho.)* Con el
ojo furioso y la piel paliducha te agitas. ¿Estás celosa...? Veámoslo. *(Toma
la lija.)* Sujétate bien... *(Lija muy rápido.)* ¡Ah...! Muñequita estarás de
negro. *(Tarareando, lija con atención. Bruscamente se detiene, se rasca la
cabeza muy fuerte.)* ¡Aahh...!
(Vuelve a lijar, al mismo tiempo canta la balada.)

Friolero, él avanza sus manos,
primero tímido, de pronto audaz,
él avanza sus manos frioleras.
Ella le dice no toques mi blusa.

Friolero, él le grita:
¡ah! Mira mis ojos, te amo,
él avanza sus manos frioleras.
Ella le dice déjame, villano.

Friolero, él le arranca,
su tierna blusa,
él avanza sus manos frioleras.
Ella le dice te doy mi vida.

EL GENERAL:

(Tose.)
¡Pesado aroma...!
Pesada fragancia
que gravita por el aire
y petrifica mi alma...

ANGEL ANTONIO:

(Para de lijar.) El infierno, lugares olvidados lejos de la memoria. Sombra profunda. Algunos de entre los mortales bajaron. Se quedaron oscilantes, suspendidos. *(Vuelve a lijar frenéticamente.)*

EL GENERAL:

(Asqueado.) ¡Ah...! Hediondez... ¡Ebrio...!

ANGEL ANTONIO:

(Sigue lijando frenéticamente.) En mi cerebro se oye pikpak. Cuando pienso en esas cosas... ¡Es normal...! ¡Es normal...!

EL GENERAL:

(Agita la cabeza.)
Ebrios... Ebrios... Aroma ebrio... Ebriedad...

ANGEL ANTONIO:

(Lija.) Preguntas... Me hago preguntas... Me pongo ácido... ¡Trastornado, por debajo, como por el fuego...! ¡ Armador de cajones...! No es obvio. No es para nada evidente.

ANGEL ANTONIO:

(Lija con violencia.) ¡Se oye pikpak en mi cerebro...!

EL GENERAL:

(Grita.) ¡APESTA...! ¡Angel Antonio, apesta...! Descomposición en transcurso que apesta...! ¡Apesto...! ¡Apesto...!

- Angel Antonio se precipita hacia el baúl.

EL GENERAL:

(*Angustiado.*) ¡Me ahogo...!

ANGEL ANTONIO:

(*Hurga en el baúl.*) ¡Coño...! ¡Pero dónde se metió...! ¡Dónde...! ¡Puras porquerías...!

EL GENERAL:

¡Asfixiado...! (*Se pone a toser violentamente.*)

ANGEL ANTONIO:

¡Lo tengo!
(*Saca del baúl un frasco. Se dirige hacia el general.*)
¡Voy...! ¡Voy...!

- Angel Antonio abre el frasco, luego, sin tocar al General, vierte el líquido sobre el General. Le vierte en abundancia sobre la frazada a altura de las piernas, luego sobre la cabeza y el pecho.

ANGEL ANTONIO:

¡Ya está...! ¡Va a estar mejor...! (*Una pausa, luego al General.*) ¿Se siente mejor...?

EL GENERAL:

(*Dice que sí con la cabeza.*) Sí...sí...

ANGEL ANTONIO:

(*Mira el frasco.*) Eficaz... (*Agita el frasco como si verificara que aún queda líquido dentro.*)

EL GENERAL:

(*A Angel Antonio.*) ¿Queda?

ANGEL ANTONIO:

No mucho.

EL GENERAL:

¿Cómo para mojar el pañuelo?

ANGEL ANTONIO:

Para el pañuelo, sí.

(*Vierte perfume sobre el pañuelo.*) ¡Ya está...!(*Trata de mirar al interior del frasco.*)

EL GENERAL:

Es definitivo. ¿Nada más?

ANGEL ANTONIO:

Ni una gota más.

EL GENERAL:

(Se lleva el pañuelo a la cara.) Has aguantado todo este tiempo... Sin ti, me habría muerto de tristeza.

- Un tiempo. Angel Antonio se dirige hacia el baúl.

ANGEL ANTONIO:

(Abre el baúl. Vacila, luego cierra de nuevo el baúl, y se sienta con el frasco en mano.) Remedio... Un remedio para la tristeza. Contra la brisa oscura. *(Mira al interior del frasco.)* ¡Sorprendente...! *(Hace girar el frasco como si fuera un caleidoscopio.)*

EL GENERAL:

(Un tiempo, respira profundamente.)
¡Jazmín...! Reminiscencias...
Jazmín emigrante.
Transportado de nuevo
a los antiguos campos bañados por el sol...

ANGEL ANTONIO:

(Mira siempre al interior del frasco.)
Rutas que se alejan hacia la costa.
Brisa de verano que corre a caballo.
Agitando la cabeza de los árboles ausentes.
Y, más allá, las golondrinas,
se detienen sobre alambres imaginarios...

EL GENERAL:

(Levanta levemente la vista.)
Serenidad de las nubes,
en camino hacia el norte.
Naves infladas
que esperan encontrar puerto,
donde dejar su paseo constante,
en el agua del cielo.

ANGEL ANTONIO:

(Baja el frasco y mira hacia el cielo raso.) Ay... Mis ojos buscan incansablemente pétalos de crisantemos. *(Vuelve a mirar al interior del frasco.)*

EL GENERAL:

(Lleva su pañuelo hacia él, luego huele de nuevo el perfume.)
Jazmín migratorio.
Ancla de los primeros instantes de asombro astral...
Respirar encima de este cementerio.

ANGEL ANTONIO:

(Mira al interior del frasco.) ¡Asombroso...! Reflejos. Sombra y luz... Un montón de imágenes, con la imaginación. Allí... Una armada devastada. Ahora... Un... Un... Una sirena apoyada en una isla... *(Rie, luego hace girar*

el frasco.) Y ahora un... Una... (Para de mirar el frasco. Un tiempo.) Tristemente chistoso.

- Angel Antonio, se pone de pie, abre el baúl. Tira el frasco, se oye el ruido del frasco que se quiebra.

EL GENERAL:

(Asombrado a Angel Antonio.) ¿Lo hiciste a propósito?

ANGEL ANTONIO:

(Sostiene el baúl abierto. Dice que sí.) ¡Sí!

EL GENERAL:

¿Por qué?

ANGEL ANTONIO:

Se había vuelto inútil. Obsoleto. Ya no servía más. Además empezaba a pesarme.

EL GENERAL:

No es una buena razón.

ANGEL ANTONIO:

Hay cosas que pesan. Que nos arrastran hacia abajo, hacia el fondo. Hay que saber quitárselas de encima sin que te de una pena particular.

EL GENERAL:

Hablas de obsesiones. ¿Del coraje?

ANGEL ANTONIO:

Digo que hay que saber sacarse de encima los objetos inútiles. Se acumulan. Demasiadas porquerías.

EL GENERAL:

(Pensativo.) Recuerdos...

ANGEL ANTONIO:

*Uno va amontonando... Amontonando... Llenamos hasta no poder más. Pequeños acontecimientos de todos colores... Llenándose de trastos hasta que uno ya no los puede seguir cargando. Entonces uno los arrastra. Y termina uno arrastrándose también. *(Cierra con violencia la tapa del baúl.)**

- Angel Antonio se dirige hacia la mesa arrastrando los pies.

EL GENERAL:

(Respira el perfume de su pañuelo.) Olvidar...

ANGEL ANTONIO:

*(Detrás de la mesa.) Hay que terminar este trasto... *(Limpia rápidamente el polvo de la tabla.)* Todo se precipita. Nunca terminaremos a tiempo. *(Termina de limpiar, luego, como si le hablara a la tabla.)* Con ese ritmo,*

sólo guardarás las osamentas. (*Saca la tabla, luego la apoya en el muro al lado de las demás.*) Una caja mágica completamente negra.

EL GENERAL:

(*Se saca el pañuelo de la nariz, luego mira a Angel Antonio. Luego, con inquietud.*) Ve a ver si el astro moribundo ya se está paseando.

ANGEL ANTONIO:

(*Molesto.*) ¡Ahora...!

EL GENERAL:

Sí. Ahora.

ANGEL ANTONIO:

¿Y el cajón?

EL GENERAL:

¿Puede esperar un poco, no?

ANGEL ANTONIO:

Tengo que hacer un trabajo limpio.

EL GENERAL:

¿Y?

ANGEL ANTONIO:

Si no tengo un ritmo coherente, una buena cadencia, no podré avanzar.

EL GENERAL:

(*Con firmeza.*) Te estoy diciendo que vayas a ver si se ha hecho de noche, no que pierdas los estribos.

ANGEL ANTONIO:

(*Enfático.*) No es tan simple. Me distrae.

EL GENERAL:

(*Irritado.*) ¿Qué te pasa...? ¿Dime, qué te pasa?

ANGEL ANTONIO:

(*Evasivo.*) Nada.

EL GENERAL:

¿Cómo que nada?

ANGEL ANTONIO:

Quiero terminar este trasto.

EL GENERAL:

(*Fija la mirada en Angel Antonio.*) Parece que estás olvidándote de los buenos modales. ¿Tú también tienes prisa en verme partir...?

ANGEL ANTONIO:

Voy a ir a ver. (*Se pone rápidamente la levita.*)

- Angel Antonio, con mucha prisa, hace mutis.

EL GENERAL:

(*Desdobra su pañuelo, lo sostiene a distancia.*)

Obscuridad profunda.

Olvido.

Olvidar los cadáveres.

Los senderos abandonados...

Cadáveres apilados unos sobre otros.

Utopía latente.

Batiente.

Sangrante.

Un sueño ebrio...

Conforme a las leyes de la naturaleza,

no hicimos más que luchar,

y llenar el vientre de las mujeres por la eternidad.

¡Engañado...!

La caldera trata de encenderse de nuevo.

Un ejército con los ojos arrancados

ha conducido mis pasos

y el precipicio está cubierto de puntas lancinantes.

-Angel Antonio sale del escenario a toda prisa. Se detiene, luego se acerca al General caminando en puntas de pies.

ANGEL ANTONIO:

(*Al lado del sillón. Un tiempo, luego, con timidez, al General.*)

¿Despierto...?

EL GENERAL:

¿Y...?

ANGEL ANTONIO:

Perspectiva siempre incierta. Pero la luna ya apareció.

EL GENERAL:

(*Inmóvil.*) ¿La viste claramente?

ANGEL ANTONIO:

No. Pero se puede adivinar, da señales constantes. Para mostrar que sí está ahí.

EL GENERAL:

(*Siempre inmóvil.*) ¿Se mueve?

ANGEL ANTONIO:

Sí. Pero con cautela.

EL GENERAL:

¿Teme que la descubran?

ANGEL ANTONIO:

No, para nada. Es el orden natural de las cosas. Al principio imperceptible. Después sus movimientos se vuelven más precisos.

EL GENERAL:

¿Después?

ANGEL ANTONIO:

Sí. Cuando venga la penumbra.

EL GENERAL:

¿Entonces el cielo todavía no está estrellado...?

ANGEL ANTONIO:

No. Pero no tardará en estarlo.

EL GENERAL:

(Pensativo.) No tardará.

ANGEL ANTONIO:

¿Y la fiebre?

EL GENERAL:

Está tratando de volverse a encender.

- *Angel Antonio se dirige hacia la mesa.*

ANGEL ANTONIO:

(Se pone a silbar, se saca la levita y la cuelga. Un tiempo, luego, siempre silbando, toma la última tabla que se encuentra en el suelo y la pone encima de la mesa.) Te toca a ti...

EL GENERAL:

(A Angel Antonio con recelo.) ¿Has visto alguna locura?

ANGEL ANTONIO:

No. Un astro moribundo. *(Vuelve a silbar, al mismo tiempo, mide la tabla.)*

EL GENERAL:

¿Por qué tanto entusiasmo?

ANGEL ANTONIO:

(Deja de silbar, luego mirando fijo al General.) Todo parece más verosímil. Más tranquilo.

EL GENERAL:

(Con inquietud.) Tranquilo...

ANGEL ANTONIO:

(Traza con su lápiz una marca sobre la tabla.) ¡Aquí! Después ensamblaremos los pedazos, preciosa. No te preocupes, tendrás tu lugar en la fiesta. ¡Claro! Cariño, estarás en el centro, sobre todas las demás, arriba. Allí, donde todas las miradas convergen. *(Toma el serrucho.)* Un corte definitivo. Y después clavaremos los pedazos.

EL GENERAL:

(Tiene la mirada ausente.) En la neblina matinal. Se hubiera podido evitar. *(Una pausa.)* Salvar. *(Dice que sí. Un tiempo.)* ¡Arrepentimiento...! *(A Angel Antonio.)* Quiero afeitarme.

ANGEL ANTONIO:

(Asombrado.) ¿Cómo...?

EL GENERAL:

(Enfático.) Afeitarme. Limpiar mi rostro.

ANGEL ANTONIO:

(Molesto.) Nadie se va a dar cuenta... A parte, no sería muy cómodo.

EL GENERAL:

Y quién te habla de estar cómodo. *(Duramente.)* ¡Ya date prisa!

ANGEL ANTONIO:

(Deja el serrucho, luego, como si le hablara a la tabla.) Perdona, primor. Trata de entender, tiene sus manías. Tengo que ir a verlo. Ay jocosita mía, qué comprensiva eres. *(Confidencialmente.)* Sabes, si pudiera no tener ojos, no mirar más los de él... *(Una pausa.)* Bueno ya voy...

- Angel Antonio se dirige hacia el baúl.

EL GENERAL:

(Pensativo.) Hermosa mañana de otoño...

ANGEL ANTONIO:

¿Una mañana fría?

EL GENERAL:

No... normal

ANGEL ANTONIO:

(Hurta en el baúl.) Normal... *(Saca una palangana del baúl.)* Una hermosa mañana, como de costumbre. *(Saca una toalla, y una navaja. Observa la navaja.)* Instrumento versátil. Sabes disfrazarte de inofensivo compañero... *(Verifica los objetos.)* ¿Tenemos todo? *(Un tiempo, luego busca en el baúl, saca un jabón.)* Ya. Aquí está.

- Angel Antonio pone los objetos en la palangana, y se dirige hacia el General.

EL GENERAL:

(Ausente.) Despiadada naturaleza desconsolada.
Mañana clara...

ANGEL ANTONIO:

(Al lado del sillón, con la palangana en la mano.) ¿Hermosa mañana...?
¿Era una hermosa mañana...?

EL GENERAL:

Sí, una hermosa mañana... A la hora en que la niebla se escapa por las ventanas, como el soplo de los últimos sueños... Y allí su cuerpo se quedó suspendido. Tieso, durante tres días. Fue un pedazo de mi alma que dejé ahí expuesto al sol...

ANGEL ANTONIO:

Un traidor.

EL GENERAL:

Ya sabes que no. Me engañaron, acerca de él... Me engañaron... Y terminó ahí...

ANGEL ANTONIO:

(Después de pensar.) Y... ¿En los últimos momentos, resistió...?

EL GENERAL:

(Asombrado.) ¿Resistió...?

ANGEL ANTONIO:

Quiero decir, tuvo miedo. ¿Antes, tuvo miedo?

EL GENERAL:

Claro que sí. Quien no tiene miedo. Incluso pronunció su último deseo. Exigió que una mujer le cortara el pelo.

ANGEL ANTONIO:

Pensaba en su infancia... *(Un tiempo, pone la palangana sobre las rodillas del General.)* En su infancia...

EL GENERAL:

Seguro... *(Toma la toalla y se la pasa alrededor del cuello.)* Obvio, pensaba en los primeros instantes de su existencia... *(Toma la navaja, la sostiene frente a su cara.)* Tranquilo. Seamos razonables. Nos hace falta serenidad.

ANGEL ANTONIO:

¿Y le cortaron bien el pelo?

EL GENERAL:

(Dice que sí.) Tan bien como lo colgaron.

- Un tiempo. Angel Antonio va hacia la mesa. De debajo de la mesa, saca un jarro de agua. Regresa hacia el sillón.

ANGEL ANTONIO:

(Toma de nuevo el jabón que se quedó en la palangana, luego duda en verter agua. Un tiempo, luego al General.) ¿Como de costumbre...?

EL GENERAL:

Claro. ¿Para qué cambiar nuestros secretos?

ANGEL ANTONIO:

(Vierte el agua en la palangana.) Ya... ¡Ya...! *(Deja en el suelo el jarro.)*

EL GENERAL:

(Mira el agua.) Penetrante...

ANGEL ANTONIO:

(Mira el agua.) Está transparente y cristalina.

EL GENERAL:

(Sin dejar de mirar, se ríe brevemente.)

Asombroso viajero del tiempo.

¿Cómo hiciste para llegar hasta aquí..?

Viejo vagabundo.

¿Qué irresistible corriente,
te trajo hasta este fúnebre lugar,
colgado de tu voz?

Después de embrujar la naturaleza
con ése, tu ojo desmesurado.

¿No tienes miedo que a ti también
te invada el deseo de caer...?

No tengas miedo,
no busco purificarme.
Ya conocí un infierno.
Sólo quiero una reconciliación.

Estoy cansado...
Como tantos más, no he hecho más que correr,
por la noche tras mi propia mirada...
Sabes,
siento mi fiebre, en ondas ascendientes,
inundar mi cerebro.
Terminaré abandonándome,
lo sé.

(Un tiempo. Toma agua con la palma de su mano, luego la deja escurrirse.)
Errante, incansable,
a dónde vas a dejar tu ineluctable carrera.

¿A dónde?

No haces más que pasar...
Después de haberte perdido en una eternidad.

¿Eso es?

Un canto ciego y eterno
que como eco gira y gira,
sin saber por qué.

- Un silencio.

ANGEL ANTONIO:

(Contempla el agua.) ¡Increíble! Increíble, lo clara que está...

EL GENERAL:

(Examina el agua.) Verdad, está luminosa. *(Un tiempo, luego a Angel Antonio.)* ¿Lo hiciste a propósito?

ANGEL ANTONIO:

(Desconcertado.) ¡Siempre estuvo así...!

EL GENERAL:

(Asombrado.) ¿Siempre...?

ANGEL ANTONIO:

Sí. Claro, siempre. Siempre estuvo clara, al principio, estaba clara. Después tomaba otra transparencia. Coagulaciones que se dilataban y le daban esa transparencia rojiza.

EL GENERAL:

Nos acostumbramos. Nunca nos molestó.

ANGEL ANTONIO:

Siempre tuve asco frente a esa transparencia que figuraba un vientre en disección.

EL GENERAL:

Tienes razón... Era repugnante.

- El General moja su rostro con agua, Angel Antonio le da el jabón. El General se pone un poco de jabón en la barba.

EL GENERAL:

Todo se precipita... No alcanzarás a estar listo con tu cajón.

ANGEL ANTONIO:

Estoy atrasado. Por culpa de los clavos.

EL GENERAL:

Tienes que recuperar el tiempo perdido. Avanzar más rápido.

ANGEL ANTONIO:

Justamente. No es muy obvio, con todas estas interrupciones. No es fácil mantener el ritmo. Hay que mantener la cadencia para poder avanzar.

EL GENERAL:

Trata de estar listo antes de que la hediondez aliene la atmósfera.

ANGEL ANTONIO:

Por supuesto.

EL GENERAL:

(Después de reflexionar, a Angel Antonio.) ¿Y el interior...?

ANGEL ANTONIO:

(Asombrado.) ¿El interior...?

EL GENERAL:

El interior de la caja. ¿Pensaste en cómo vas a vestir el interior...?

ANGEL ANTONIO:

(Desconcertado.) ¿Cómo lo voy a vestir?

EL GENERAL:

No tendrás la pretensión de dejarlo así desnudo. Habría que disimularlo un poco.

ANGEL ANTONIO:

Sí, claro las partes íntimas.

EL GENERAL:

¿Entonces, pensaste en una solución?

ANGEL ANTONIO:

Terciopelo por doquier.

EL GENERAL:

(Pensativo.) ¿Ter-cio-pe-lo?

ANGEL ANTONIO:

Sí. Terciopelo púrpura. Sienta bien con el exterior negro. Es solemne. *(Soñador.)* Una panza apocalíptica. *(Entusiasta.)* También... También pensé en una pequeña fantasía. Un lindo cojín blanco. Para la cabeza. Sobrio, sólo con una que otra puntada dorada. *(Al General, más explícito.)* El cojín podría servir para que la cabeza conserve una posición decente...

EL GENERAL:

Apropiada...

ANGEL ANTONIO:

Sí. Claro, apropiada... Para aparentar el sueño, aparentar una simple pausa. Así se aguanta mejor la pena.

EL GENERAL:

(Con desconfianza.) ¿Y tienes terciopelo...?

ANGEL ANTONIO:

Justamente.

EL GENERAL:

¿Justamente, qué?

ANGEL ANTONIO:

Justamente, ésa es la dificultad.

EL GENERAL:

¿La dificultad?

ANGEL ANTONIO:

Sí... No tengo.

EL GENERAL:

(Molesto.) Entonces por qué deliras con terciopelo si no lo tienes. *(Más firme.)* ¿Qué te pasa?

ANGEL ANTONIO:

Nada. Sólo pensaba en lo que podría haber hecho si lo tuviera, si tuviera terciopelo. ¿Qué hermoso hubiera sido...!

EL GENERAL:

(Enojado.) ¡Pero no lo tienes...!

ANGEL ANTONIO:

Ya sé que no lo tengo.

EL GENERAL:

(Violento.) ¡Entonces por qué descarrilarte...! ¡Por qué te pones a delirar con cosas que no tienes...!

ANGEL ANTONIO:

(Fuerte.) ¡Justamente...! Sólo se puede delirar con lo que uno no tiene.

EL GENERAL:

¿Y mientras tanto que te propones hacer?

ANGEL ANTONIO:

Estoy pensando. Buscando.

- Un silencio. Angel Antonio se queda inmóvil y piensa. El General toma la navaja.

EL GENERAL:

(Mira la mano que sostiene la navaja.) Tiembla, como un cirio que está por apagarse... *(Hunde la navaja en el agua.)* ¿Y...?

ANGEL ANTONIO:

No es fácil...

EL GENERAL:

Ya lo creo... No es fácil. *(Seca la navaja, y se la entrega a Angel Antonio. Luego se seca la cara y entrega la toalla a Angel Antonio.)* Dejémoslo así no más.

ANGEL ANTONIO:

(Asombrado.) ¿Desnudo...?

EL GENERAL:

(Dice que sí.) Desnudo.

ANGEL ANTONIO:

¿Y la cabeza?

EL GENERAL:

¿A quién vamos a enternecer? A nadie. Ya no tenemos a nadie.

ANGEL ANTONIO:

Podría hacer algún arreglo.

EL GENERAL:

(Severo.) Te digo que no lo necesitamos. No vale la pena.

ANGEL ANTONIO:

Entiendo. Nadie lo verá.

EL GENERAL:

(Violento.) ¿Pero qué dices? Estás delirando. Quién habla de exhibirse, de mostrarse. Te digo que es inútil. Todo terminará confundándose en la misma descomposición. ¿Entonces para qué esforzarse? El resultado será el mismo. *(Más fuerte.)* Ya no estaré más.

- Un tiempo. Angel Antonio toma de nuevo la palangana, vierte el agua en el jarro. Luego devuelve la palangana, la toalla, la navaja y el jabón al baúl. Vuelve cerca del sillón, toma de nuevo el jarro de agua.

ANGEL ANTONIO:

(Con el jarro de agua en la mano, con timidez al General.) ¿Lo dejamos negro...? Hablo del exterior. Tengo todo lo que hace falta...

EL GENERAL:

Tienes que cumplir tus promesas.

ANGEL ANTONIO:

(Siempre con timidez.) Sí... Sí, eso es lo que me digo a mí mismo. Hay que cumplir sus promesas. Es importante.

EL GENERAL:

(Mira con atención a Angel Antonio.) Por qué esa timidez. ¿No te sientes orgulloso de ti...?

ANGEL ANTONIO:

No... Sí... En fin, no.

EL GENERAL:

Ve al grano.

ANGEL ANTONIO:

Tengo ausencias. Me siento ambiguo. ¡Quiero terminar este trasto...! Pero hay un montón de cosas que me molestan. Que me perturban. Ya no puedo entrever el centro. Estoy contrariado. Desajustado... Creo ser coherente, pero me doy cuenta que no siempre es el caso. Hay aturdimientos. Yo... Yo... constato que tengo uno que otro aturdimiento. Mi memoria me traiciona. Qué triste es verse haciendo algo sin saber al fin y al cabo para qué se está haciendo. Sin saber lo que se busca. Cómo se llegó hasta ese punto, y cómo se llegó a este fúnebre lugar, qué torrente nos arrastró. Por eso me pongo tétrico. Pero después se me pasa y me digo que no es grave, que más que seguro que existe una razón. Que a alguna parte tiene que llevarnos todo esto. Pero no veo adónde. Estaré solo, aún más solo que antes. Mi corazón late con espasmos, ahogado por la ansiedad. Llego a la conclusión que tendría que darme prisa yo también en partir... (*Con firmeza al General.*) ¡Tengo pena...!

- Un silencio. Angel Antonio se dirige hacia la mesa y pone el jarro de agua debajo.

EL GENERAL:

Dame el espejo

ANGEL ANTONIO:

(*Con asombro.*) ¡El espejo...!

EL GENERAL:

Sí, el espejo. lo tienes que tener por ahí entremedio de tus objetos. ¿No...?

ANGEL ANTONIO:

Supongo que sí...

EL GENERAL:

(*Inquieto.*) ¿Cómo? ¿No estás seguro?

ANGEL ANTONIO:

Hace ya tanto tiempo que funcionamos sin él.

EL GENERAL:

(*Cerrado.*) Búscalo.

ANGEL ANTONIO:

Voy a ver. (*Se dirige hacia el baúl.*) ¡Cabrón...! (*Abre el baúl y fisga dentro.*)

EL GENERAL:

¿Está ahí?

ANGEL ANTONIO:

(*Buscando.*) ¡Coño, qué desorden...! Puras porquerías. Todo amontonado. Amontonado. Parece mi cabeza... (*Busca.*) Habría que ordenar. Poner en orden. Un día habrá que arreglar todas estas porquerías. Ya no se puede distinguir nada... (*Buscando.*) Habría que seleccionar lo que todavía sirve y

lo que ya está obsoleto. Deshacerse de todo lo que ya no tiene razón de ser. (*Busca, luego al General.*) Nada.

EL GENERAL:

Relájate. Busca bien.

ANGEL ANTONIO:

Estoy tratando... Estoy tratando... (*Busca, con mayor tranquilidad.*) Veamos... Dónde te escondes... (*Buscando.*) Dale, muéstrate. ¡No estamos aquí para jugarretas...! (*Buscando.*) Ya, basta. Voy a terminar perdiendo paciencia. (*Un tiempo, luego, después de haber buscado, al General.*) Nada. Tiene que haberse esfumado.

EL GENERAL:

(*Descontento.*) No puede desaparecer así como así. ¿Antes estaba ahí...?

ANGEL ANTONIO:

Sí. Respetando nuestras costumbres. Siempre estuvo entre los demás objetos.

EL GENERAL:

(*Con determinación.*) Encuéntrame ese instrumento. (*Más fuerte.*) ¡Arréglatelas para encontrarlo!

ANGEL ANTONIO:

Miré bien. No está ahí. Se volatilizó. ¡Chas...! Ni rastro de él...

EL GENERAL:

(*Irritado.*) Te digo que lo encuentres. Qué te las arregles. ¡Entiendes eso...! Tienes que arreglártelas como sea. Quiero ese instrumento. Hay una descomposición y tengo que verla. Un incendio glacial. Una caldera que incinera. Un crematorio que está tratando de encenderse.

ANGEL ANTONIO:

(*Nervioso.*) Si pudiera no tener ojos... (*Vuelve a buscar con violencia.*) ¡Porquería de instrumento, muéstrate...! Mi mirada...mi mirada, me traiciona. ¡Lo sé...! (*Busca con la cabeza metida dentro del baúl.*)

EL GENERAL:

(*Observa a Angel Antonio.*) ¿Y? ¿Lo encontraste...?

ANGEL ANTONIO:

(*Está con la cabeza enterrada dentro del baúl.*) ¡Paciencia...! ¡Tranquilos! Cuesta...

EL GENERAL:

¡Estás perdiendo el tiempo...!

ANGEL ANTONIO:

(*Sacando la cabeza del baúl.*) Mis ojos hacen trucos de magia. Jugarretas. Hay espectros... Y no está muy asoleado... Tanto dar vuelta todo, uno se

pierde. (*Hunde la cabeza en el baúl.*) ¡Uno se desparrama en medio de todas estas porquerías...!

¡Asquerosas, estas porquerías...! ¡Qué asqueroso...! ¡Repugnante...! (*De pronto, se pone de pie, enojado.*) ¡Mierda...! ¡Mierda...! ¡Y Mierda...! (*Se toma la cabeza con ambas manos.*) ¡Esta cabezota está llena de un montón de basura...!

EL GENERAL:

¿Qué te pasa, por que te detienes?

ANGEL ANTONIO:

(*La cabeza entre las manos, se agita.*) ¡Son asquifeas...! As-que-ro-sas...! ¡Todas esas porquerías...! (*Cierra los ojos.*) Repugnantes. ¡Son mugrientas...!

EL GENERAL:

(*Con firmeza.*) ¡Basta...! ¡Basta...!

ANGEL ANTONIO:

(*Golpeando con el pie.*) ¡Asqueroso...! ¡Qué mugriento...! ¡Qué mugriento...! ¡Mugriento...! ¡Mugriento...! ¡Mugriento...! ¡Mugriento...! ¡Mugriento...!

EL GENERAL:

(*Fuerte.*) ¡Basta...!

- Angel Antonio se queda con la cabeza entre las manos y los ojos cerrados. Entre dientes murmura palabras inaudibles. El General intenta ponerse de pie, cae sobre el sillón. Después de un momento trata de nuevo.

EL GENERAL:

(*Se pone penosamente de pie.*) Acabaré por obtenerlo... (*Busca el equilibrio.*) ¡Ya está...! Tengo que aguantar... en la faz del abismo... Encima. (*Da un paso vacilante.*) Suspende la mirada aterrada... Evitar la caída grotesca...

- El General llega hasta el baúl. Abre el baúl.

EL GENERAL:

¡Canalla...! (*Saca del baúl un espejo.*) Te haces el inocente... Extraviado... Te odio. (*Retoma su caminata hasta el sillón.*)

ANGEL ANTONIO:

¡Ah...! (*Deja caer sus brazos.*) Claro...Claro... (*Se queda inmóvil con los ojos cerrados.*)

EL GENERAL:

(*Se detiene por un corto instante.*)
Vértigos no.
(*Retoma su caminata con pasos más lentos.*)
Ya llegaremos...

Triste noctámbulo.
¡Dónde estás...!

Funámbulo de las agujas,
que deambula en las alturas.
Reconocer... El camino.
Incluso en la penumbra.
Desligado como un navío de su puerto.
¡TRA-VE-SIA...!
Llegaremos...Fielmente.

Pasear por el cementerio sombrío.
Abandono...Abandono...
No tan lejos como uno cree...
¡Naturaleza feroz...!
Impenetrable... Penosa . Pero eficaz...
Cruelmente eficaz.
Sanguinaria... Frenética...

El cielo le tiene miedo a la noche.

(Se detiene a algunos pasos del sillón.)

Se-re-ni-dad.
Un río sereno
que lleva muy en el fondo un reflejo.
Una débil claridad.
Ablandado por el tiempo.

Triste resignación.
Destino ineludible.

Ahí estaremos todos.
¡Espejo de lluvia...!
A pesar de la decadencia inevitable.
Ya está.

LLegamos.
Y despiadada
la noche sale
de debajo de los restos mortales

(Se sienta penosamente. Una vez sentado, apoya su espalda suavemente.)

ANGEL ANTONIO:

(Violento, al General.) ¡Maldito... Maldito... (Se pone a cantar)

La pena me tuerce,
atroz pensamiento,
en mi cabeza rueda,
una herida de luna.

Muñeca, muñequita,
muñequita ardiente.

Un atroz pensamiento,
me empuja,
vivo en su aliento,
en una esquina mascullo.

Muñeca, muñequita,
muñequita ardiente.

Soy el gran niño atroz,
amante de feos pensamientos,
el de los ebrios subterráneos,
en las místicas furias.

- Angel Antonio deja de cantar. Se queda inmóvil. El General cierra los ojos y tira la cabeza hacia atrás.

ANGEL ANTONIO:

(Agita la cabeza violentamente. Un tiempo.) ¡Qué mugriento...! ¡Maldito...! (Agita de nuevo la cabeza, luego se queda inmóvil. Un tiempo.) He abierto mi boca con ilustraciones. Ilustraciones escondidas en la cabezota... (agita de nuevo la cabeza.) ¡Porquerías...! (Se queda inmóvil. Un tiempo.) El sembrador. (Una pausa, luego se pone a hablar muy rápido con los ojos cerrados.) Mientras sembraba, parte de las semillas cayó al borde del camino. Los pájaros vinieron y se las comieron todas. Otra parte cayó en un lugar pedregoso donde no había mucha tierra. Entonces el sol quemó las semillas. Otra parte cayó en las espinas. Las espinas crecieron y las asfixiaron... ¡Asfixiaron...! (Una pausa, dice sí con la cabeza.) Otras cayeron más lejos. Más lejos. ¡En el agua...! (Corta risa.) En el agua y allí crecieron... (Un tiempo, risa corta.) Asfixiaron... (Abre los ojos y se queda con la mirada ausente.)

EL GENERAL:

¡Glacial...! (Toma su pañuelo y limpia el espejo.)

ANGEL ANTONIO:

(Sin moverse.) ¡Ahí estaba...? (Un tiempo, luego con insistencia.) ¿El instrumento? ¿Estaba Ahí...?

EL GENERAL:

(Con indiferencia.) Por supuesto...

ANGEL ANTONIO:

Por supuesto. (Suspira.) Saneamiento. (Una pausa.) Purificación.

EL GENERAL:

(Con firmeza.) Acarrear... Acarrear...

ANGEL ANTONIO:

¡Desinfección...! (*Piensa.*) Y las espinas crecieron y las asfixiaron. (*Una pausa.*) Asfixiaron... Purificadas... (*Un tiempo, luego con violencia.*) ¡Maldito...!

EL GENERAL:

(*Limpia con su pañuelo el espejo que se encuentra sobre sus rodillas.*) Un molino de viento que gravita día y noche. Vacilando.

ANGEL ANTONIO:

(*Siempre con la mirada ausente.*) Un remedio para el vacío... Me hago preguntas, y me pongo... El viento sopla, pero sopla al revés. No es normal. No es para nada normal.

EL GENERAL:

Te arrepentirás luego...Será demasiado tarde. Ya verás.

ANGEL ANTONIO:

Así no más es, nada se puede hacer... Nada...
(*Se sacude violentamente, un tiempo, luego con mayor claridad.*)
Pronto terminará de cavar...
Seguro que debe haber adelantado bastante su trabajo (*Una pausa.*) Lo escucho cavar viejas grutas sobre la faz de la tierra... Sobre la superficie. En el zenit nocturno.

EL GENERAL:

(*Con inquietud.*) ¡Un ciclón...! ¿Angel Antonio, qué está pasando...?
(*A Angel Antonio con angustia.*) ¿Qué está pasando?

ANGEL ANTONIO:

Nada no pasa nada Hay que terminar este trasto. (*Un tiempo, se dirige hacia la mesa, se pone a aserrar.*)

EL GENERAL:

(*Endereza la cabeza.*) Veamos este cadáver. (*Levanta suavemente el espejo. Lo detiene frente a su rostro.*)

ANGEL ANTONIO:

(*Asierra rápidamente doce veces, las cuatro últimas veces son un poco más lentas.*) ¡Brotan un día...! (*Asierra doce veces de manera regular. Un tiempo. Asierra seis veces, más lentamente. Se detiene brevemente. Asierra seis veces: las cuatro últimas son más rápidas que las anteriores. Se detiene brevemente, luego asierra tres veces de manera más larga.*)

EL GENERAL:

(*Mientras asierra estas tres veces de manera larga, baja el espejo siguiendo el mismo compás. La cabeza atrás, con los ojos cerrados.*) Travesía...

ANGEL ANTONIO:

(*Luego, un tiempo. Asierra dos veces lentamente, la segunda vez más lenta que anteriormente.*) ¡Perfilar el último toque...!

- En el umbral de la puerta aparece el enterrador. Su ropa está recubierta de polvo. Lleva una pala, zapatos pesados y un farolillo encendido. Angel Antonio asierra una vez violentamente, el pedazo cae al suelo.

ENTERRADOR:

(Caminando con pasos regulares, se dirige hacia el centro. Luego examina de lejos al General inmóvil. Un tiempo. Menea la cabeza varias veces, luego se dirige a Angel Antonio quien está limpiando la tabla.) ¿Y? ¿Está listo? Ya está...

ANGEL ANTONIO:

(Sobresalta.) ¡Eh...! ¿El qué...?

ENTERRADOR:

Ya la cavé, su fosa. Para nada fácil, te lo aseguro. Estaba dura, rígida... No era tierra... Plomo, eso... Como si hasta la tierra tuviera asco de recibirlo en su seno. Digo esto así no más. Una impresión... ¿Bueno, y...?

ANGEL ANTONIO:

(Con clareza.) Ya no va a tardar.

ENTERRADOR:

¿Aún espera su cajón?

ANGEL ANTONIO:

No realmente... En fin, ya no ahora... La fiebre le subió de manera espectacular. Creo que ya no espera a nadie para partir. Quiere terminar con todo, creo... Delira, delira... Ya no alcanzo a seguir los acontecimientos... Habló de Raúl Hernández, de su muerte. Y que se quedó colgado en su memoria... Chistoso ah... colgado en su memoria... No sé cómo lo hace para expresar cosas por el estilo.

ENTERRADOR:

(Apaga su farolillo y lo pone en el suelo. Luego limpia el polvo con las manos.) ¡Porquería!

ANGEL ANTONIO:

¿Es profunda?

ENTERRADOR:

¿El qué...?

ANGEL ANTONIO:

La fosa. ¿Es profunda?

ENTERRADOR:

(Piensa.) Aproximadamente tres metros.

ANGEL ANTONIO:

Bien. (Con la lija, frota frenéticamente la tabla.) ¡Ah...! ¡Nunca alcanzaremos a estar listos... Nunca... Nunca...! (La tabla resbala un poco

sobre la mesa, la vuelve a poner en su lugar.) Sujétate bien. Ya no hay tiempo para bromas. Hay que apurarse. Entiendes, acelerar.

ENTERRADOR:

(Mira a Angel Antonio quien está lijando.) ¿Negro...?

ANGEL ANTONIO:

(Sin parar de lijar dice que sí.) ¡Hmmm...! ¡Hmmm...! Como la oscuridad. *(Lija penosamente, luego examina la tabla.)* ¿Te pones difícil...? No te hagas la interesante. Ya no tenemos más tiempo. *(Se pone a lijar de nuevo.)*

ENTERRADOR:

Negro.... *(Observa al General.)* Obvio... *(Se pone a examinar el suelo. Luego a Angel Antonio.)* ¿No tuvieron bichos?

ANGEL ANTONIO:

(Extrañado, para de lijar.) ¿Bichos....?

ENTERRADOR:

Sí, bichos.

ANGEL ANTONIO:

¿Cucarachas y todo eso...?

ENTERRADOR:

Por ejemplo.

ANGEL ANTONIO:

No. Nada de todo eso. Hasta ahora todo está bien limpio. Trato de estar limpio.

ENTERRADOR:

(Con discreción a Angel Antonio.) ¿Y él...?

ANGEL ANTONIO:

Hace lo que puede. Quedaba jazmín. Así es que su hediondez se fue. Hubiera podido atraer a las moscas. *(Vuelve a lijar.)*

ENTERRADOR:

(A Angel Antonio.) ¿Es duro...?

ANGEL ANTONIO:

¿El qué...?

ENTERRADOR:

El sufrimiento.

ANGEL ANTONIO:

(Después de pensar.) Efímero, es efímero. Quiero decir al borde de lo aguantable.

ENTERRADOR:

Claro que sí...

ANGEL ANTONIO:

(Lija nerviosamente.) ¡Para de... de lloriquear...! No hay por qué preocuparse. Para qué desear enternecerse. No serviría para nada. *(Examina, con un solo ojo la tabla, luego alza la cabeza, luego al enterrador.)* ¡Estoy seguro, estamos en el abandono...!

ENTERRADOR:

(Examina de nuevo el suelo.) Ni un solo bicho que se pueda enternecer.

ANGEL ANTONIO:

Se fueron todos para otros lados.

ENTERRADOR:

(Asombrado.) ¿Otros lados...?

ANGEL ANTONIO:

(Examinando la tabla.) Sí. Se metieron en la cabezota. Está llena de basura. Llena, la vi.

ENTERRADOR:

(Observa el borde del baúl.) Ni el más mínimo rastro... No es posible.

ANGEL ANTONIO:

(Echa un vistazo al General, luego observa la tabla.) ¡El último toque...!
(Levanta la tabla.) ¡Vamos...! Ahora hay que ensamblarlo todo.

- Angel Antonio pone las tablas sobre la mesa.

ENTERRADOR:

(Observa al General.) Sanguinario e insolente, termina en el abandono más absoluto... Quién lo hubiera creído, él, que lo poseía todo, él, que venció más de diez veces las cimas de las montañas y la blanca cordillera, él que combatió a los tigres con las manos vacías, ahora convertido en carroña asquerosa que sólo espera a que la devoren los bichos. Y hasta los gusanos, por miedo de infectarse, huyen de su cuerpo... Justicia, divina justicia... A los demonios de la noche, los hombres los enfrentan en la muerte... Te maldigo, larva humana, moribundo. Un día, se te recordará. Y escribirán poemas líricos en tu memoria... Así es. El hombre ama al olvido como a la vida. *(Gira hacia Angel Antonio.)* Nunca llegarás a tiempo... Lo haces a propósito...

ANGEL ANTONIO:

Ya casi terminé. Sólo me queda por... *(Nervioso, busca.)* ¡Malditos clavos...!
(Encuentra una pequeña bolsa, saca los clavos y los pone todos sobre la mesa.) Derechito, como tiene que ser. Usted me hace sentir raro. *(Nervioso.)* Saben, estoy atrasado. Terriblemente atrasado. Tengo que recuperar el tiempo perdido. Esto no puede tardar más. *(Con más claridad.)* Acelerar. *(Mira los clavos.)* Traten de penetrar lo más adentro que se pueda, profundamente, sin perder el ánimo... *(Se pone a contar los clavos.)*

EL GENERAL:

(Siempre inmóvil.) ¡Noct...Urna...!

ANGEL ANTONIO:

(Termina de contar los clavos.) ¡Treinta y tres...!

ENTERRADOR:

¿Durante cuánto tiempo los mortales pueden maldecir? *(Va a sentarse sobre el baúl.)*

ANGEL ANTONIO:

(Mira un clavo torcido de cerca.) ¿Y tú...? ¿Quieres escaparte...? ¡Ah...! A mí no me engañan fácilmente.*(Toma un clavo torcido.)* No sabes que así no sirves de nada. De nada. ¡Hay que ser derecho. ¡Derecho...! Entiendes. Así no puedo clavar. No puedo. Tienes que buscar la vertical. Lo demás llega solo. Hablo de la capacidad de volverse alguien, de ser útil, de obtener tu lugar en el cajón, modesto pero necesario. ¡No te estoy diciendo que estoy atrasado...! ¡Atrasado...! ¡Putá...! ¡Se me empieza a acabar la paciencia...! ¡Pero oye es grave...! ¡Muy grave...! ¡Ya vamos...! ¡Ten cuidado...! Bueno. ¡Basta...! *(Toma el martillo.)* ¡Ya vas a ver...! *(Con el martillo endereza el clavo.)*

EL GENERAL:

(Endereza la cabeza, luego abre los ojos. Mira al enterrador y se sobresalta. Luego con gran inquietud.) ¿Qué haces aquí...?

ENTERRADOR:

Estoy esperando.

EL GENERAL:

(Sin entender.) ¿Esperando...? ¿Qué tonterías estás diciendo...?

ENTERRADOR:

(Enfático.) Siempre hace falta alguien.

EL GENERAL:

¿Alguien...? ¿Y para qué...?

ENTERRADOR:

Para los detalles... Así es siempre.

EL GENERAL:

(Enojado.) ¡Puras trivialidades!

ENTERRADOR:

Enterrar. Hace falta alguien para enterrar a la carroña, para abrir la tierra y luego meter ahí lo que queda.

EL GENERAL:

¿Y después qué?

ENTERRADOR:

El pasto crece. Sí, sí, crece. Trata de romper la tierra. Es conmovedor, créeme. Muy conmovedor.

EL GENERAL:

¡Cabrón...! (*Tiembla, luego trata de recuperar la frazada que está a sus pies.*) Tempestad... Fría tempestad...

- Angel Antonio mira al General que está tratando de recuperar la frazada, luego, nervioso, se dirige hacia el sillón.

ANGEL ANTONIO:

(*Recoge la frazada con la punta de los dedos. Tomando sus distancias deja la frazada sobre las rodillas del General.*) ¡Ya está...!

EL GENERAL:

(*A Angel Antonio.*) ¿Tienes miedo...?

ANGEL ANTONIO:

No. Pero es mejor así. Así no tendremos nada que lamentar.

- Angel Antonio, nervioso, balancea su cuerpo sin mover los pies del lugar donde se encuentran.

EL GENERAL:

(*Después de observar a Angel Antonio, con inquietud.*) Estás raro. ¿Qué te pasa?

ANGEL ANTONIO:

(*Nervioso.*) ¡Tengo... Tengo... Tengo mis impaciencias...! ¡Mis impaciencias! ¡Me hacen un nudo en la garganta...! (*Se aclara la voz.*) Qué curioso lo tenso que estoy. ¡Estrafalario...! No me esperaba a esto. Tengo la impresión de que mi corazón va a terminar alcanzándome.

EL GENERAL:

(*Tiembla.*) ¡Muévete...! ¡Muévete...! ¡Muévete...!

ANGEL ANTONIO:

(*Paralizado.*) Es que justamente... No puedo

EL GENERAL:

¡Entona una melodía...!

ANGEL ANTONIO:

Estoy cansado.

EL GENERAL:

¿Y el cajón...?

ANGEL ANTONIO:

Estoy atrasado por culpa de los clavos.

EL GENERAL:

Descárgate con el cajón. Así sentirás que existes.

ANGEL ANTONIO:

¡Ya voy...! (*No se mueve.*)

EL GENERAL:

(*A Angel Antonio que sigue sin moverse.*) ¿Y...? ¡Anda...! ¡Descárgate...!

- Angel Antonio se precipita hacia la mesa.

ANGEL ANTONIO:

(*Al lado de la mesa. Un tiempo.*) ¡Al diablo! (*Se pone a clavar.*)

ENTERRADOR:

Cada vez que cavo la tierra, la veo que me hace señas para darme a entender que ella también está exhausta de su paseo celeste. Un día, se detendrá de verdad.

EL GENERAL:

Profunda...Profunda...
Las últimas sílabas del silencio
pasarán sobre mí
como un pesado ostento.

ANGEL ANTONIO:

(*Clava violentamente.*) ¡Al diablo...!

EL GENERAL:

Con el candor de las estaciones olvidadas,
un cántico mudo,
se desliza en el estrecho cinturón de los sueños,
como el agua corriente y el viento.

ENTERRADOR:

Un montón de pequeños mundos que se agitan bajo nuestros pies. Es ahí donde se manifiesta el Divino.

ANGEL ANTONIO:

(*Clava.*) ¡Más fuerte que todo lo demás! Tengo que sacármelo. No puedo quedarme así. Terminaría dejándome estar.

EL GENERAL:

Voy de naufragio en naufragio...
De horizonte en horizonte.
Veo mi sombra que se dilata por la noche.
Allí donde el tiempo revienta al equinoccio.

ENTERRADOR:

Viejo astro. Vieja máquina que está en marcha. Magnífico engranaje que hace volteretas. Intentando hacernos creer en una caída inevitable. Inerte y resignado. Un dromedario que gravita torpemente.

ANGEL ANTONIO:

(Golpea con el martillo con fuerza.) ¡No hay que contrarrestar los deseos más lejanos...! Sólo así se puede llegar a estar realmente en otro lugar.

EL GENERAL:

(Tiembla.)

Las rocas retumbaban de sollozos.

Terribles y singulares, como los sonámbulos, los lúcidos, que yerran en mi alma...

¡Vértigo...! ¡Vértigo incansable...!

ENTERRADOR:

Muerte, batir de alas, incansable, de mariposas color nácar.

ANGEL ANTONIO:

(Clava.) El abandono... El doloroso abandono...

EL GENERAL:

Una luz blanca atraviesa el horizonte,

se hunde en el iris

hasta perderse

en migraciones de pájaros...

(Deja caer la cabeza, luego se queda inmóvil.)

ENTERRADOR:

Tortura de una agonía febril

ANGEL ANTONIO:

(Clava más lentamente) Siento el abandono... Mi pecho se relaja. Después me sentiré mejor... Después... *(Gira de nuevo muy rápido.)*

ENTERRADOR:

Cruel y sorprendente naturaleza. Precipitándose en una sola dirección. Embrión salvaje.

ANGEL ANTONIO:

(Se pone a girar violentamente alrededor de la mesa.) ¡Siempre ahí...! ¡Aún ahí...! *(Se da la media vuelta y gira en sentido contrario al anterior.)* Todo se pone a bailar frente a mis ojos. Como animado por su propio ardor. *(Gira.)* Lo sé... ya sé, son mis ojos. Mis ojos me hacen jugarretas. Me hacen jugarretas. ¡Jugarretas...! ¡Jugarretas...!

- De pronto, Angel Antonio se detiene de una sola vez, delante de la mesa. Un silencio. Angel Antonio se queda inmóvil.

ENTERRADOR:

(Se encuentra detrás del sillón del General. Baja la cabeza como si buscara escucharlo.) Muertos diseminados. Dejaste un naufragio humano diseminado como un vientre en disección... El agua del abismo dijo: Es él, con sus hombres cumplieron la sentencia. Con mis propios oídos, escuché sus gritos. Sus gritos desesperados y sombríos, no podían callarse, retumbaron hasta que traspasaron una pequeña aurora.

EL GENERAL:

(Levanta suavemente la cabeza luego busca al enterrador. Gira la cabeza y mira al enterrador que se encuentra detrás de él. Con susto.) ¿Oye, qué mierda estás haciendo ahí...?

ENTERRADOR:

(Sin moverse.) Hasta traspasar una pequeña aurora.

EL GENERAL:

(Agitado.) Por qué detrás. ¡Qué quieres...!

ENTERRADOR:

(Con discreción, al General.) Decía: Mi mano cae sobre ellos gota a gota, hasta el desvanecimiento.

EL GENERAL:

Es definitivo... Ahora lo sé, siento gravitar la tierra bajo mis pies. Eso es una señal. No. Qué te parece a ti, a ti que estás acostumbrado a estos detalles... Tú el enterrador, el sepulturero, el croque-mort, la rata de cementerios, tienes que conocer eso. Los últimos sobresaltos. La vida que se va. La agonía que se escurre entre los dedos. Tienes que conocer muy bien todo eso, ¿cierto? Bueno ¿y? ¿Te has quedado sin habla ahora...?

ENTERRADOR:

(Al General.) ¿Tienes miedo?

EL GENERAL:

Tengo un vacío... Un vacío... Más desolador que un oscuro desierto. Vi morir un montón de gente, mejor aún, fui el que provocó su fin. Cuerpos, unos al lado de otros, con la mirada agarrada del cielo, con los ojos vacíos, exageradamente abiertos, como una seña de terror... No...no... no me atañía. Un vacío. Mis pies me llevan hacia un abismo del cual no se sale... Ya lo sé. Las raíces recorren la tierra, escucho su desplazamiento silencioso. Cacofonía que recorre el espacio sordo y determinado. ¡Oh! Ya lo sé, los gusanos terminarán por emerger y realizarán su venganza, después de tantos y tantos siglos.

ANGEL ANTONIO:

(Con el martillo en la mano, clava otro clavo.) ¡Hasta el cuello...! *(Termina de clavarlo.)*

EL GENERAL:

(Baja un poco la cabeza.)
Es ahí donde sucede...

En el interior.
En el interior, Hay que penetrar ahí.
No hay misterios...
Más allá del dolor agonizante...

Un escalofrío celeste recorre mi frente,
son las últimas caricias,
que nos procura la naturaleza.
La aceptación.
(*Levanta la cabeza.*)
Frenesí del pasado, del presente, y del... y del... del...
Brotos de la carne.
Las puertas... ¡Brotan...!

ENTERRADOR:

(*Al General.*) Todos los hombres se parecen en la muerte. Ya no estarás, el sol no acariciará más tus párpados, y sin embargo, nada habrá cambiado. Quizás sea Dios quien lo quiere así. Piensas en él... ¿Ahora estás pensando en él...?

EL GENERAL:

No...no... O mejor sí, de cierta manera... ¡Pero para qué sigues aquí...! ¿Qué más quieres?

ENTERRADOR:

¿Tienes remordimientos?

EL GENERAL:

¡Quién habla de arrepentirse...! (*Más firme.*) Quiero saber por qué insistes en quedarte aquí. Por qué tras mi espalda. ¡Fuera de mi vista!

ANGEL ANTONIO:

(*Termina de clavar un clavo.*) Penetrante. (*Verifica las tablas.*)

EL GENERAL:

(*Fuerte al enterrador.*) ¡Ya córrete...! ¡Te estoy diciendo que te marches...!
¡Qué te vayas! (*Más sostenido.*) ¡Qué te largues, cabrón!

ENTERRADOR:

(*Tranquilo.*) Ya cavé tu fosa, tres metros de profundidad más o menos.

EL GENERAL:

¡Estoy cansado...! ¡Te digo que te largues...! Mira mis manos, ya no son mías. Frías e inanimadas, ya no son mías. No son las manos con las que acaricié el cuerpo de las mujeres, son las de un cadáver... Tienes que respetar el silencio de los moribundos, ¿No te enseñaron eso...?

ENTERRADOR:

Una vez vi un hombre condenado a la pena capital. No hay tortura más indigna que se pueda infligir a un hombre. Conocer el momento exacto y el gesto preciso que te quitará la vida... Es un sufrimiento inaguantable.

EL GENERAL:

(Más tranquilo.) Tienes razón. No hay peor sufrimiento...

ENTERRADOR:

(Tranquilo.) El hombre atraviesa la vida preparando su último momento. Sólo hacemos eso. A lo largo de toda la vida preparamos el último aliento.

EL GENERAL:

Sombra de mi existencia. A través de mis sueños has marcado tu presencia... Muerte. Estamos ligados como el agua al río... ¡Ligados...! No perdamos tiempo. Escuchen, la sirena del barco deja escapar su alma...

ANGEL ANTONIO:

(Entierra un clavo con violencia.) ¡Maravilla...! ¡Dulce maravilla...!

EL GENERAL:

A-ban-do-no... La caldera me hace resurgir... Pienso... Pienso en ti...

ANGEL ANTONIO:

¡Infancia...! ¡Infancia ardiente...! *(Apoya la cabeza contra la mesa, se oyen sollozos. Un tiempo, luego levanta la cabeza, se limpia los ojos. Se pone a clavar de nuevo.)*

ENTERRADOR:

Los sueños provienen del delirio del astro que se hunde. Del sol estampado en el mar.

EL GENERAL:

(Con los ojos cerrados.) Silencio... El silencio... El silencio sabrá cuánto te he amado...

ENTERRADOR:

Fascinante asombro del primer hombre que vio partir el sol.

ANGEL ANTONIO:

(Sigue clavando.) Un pañuelo blanco se vuela olvidando que todo fue destrozado...
(Se detiene un corto instante, luego sigue clavando.) Abandono... Definitivo... Alado... *(Clavando.)*

EL GENERAL:

(Suspira. Luego con clareza.)
¡PAZ...!

ENTERRADOR:

¡ASÍ SEA...!

ANGEL ANTONIO:

¡ARRASTRADO...!

- Después de un tiempo, la luz disminuye progresivamente hasta alcanzar la oscuridad total. Se oye aún a Angel Antonio que está clavando. La cadencia con la cual clava no ha de alterarse por la oscuridad, es siempre regular y monótona.

ANGEL ANTONIO:

Mecánica ausente.
No hice más que ensamblar
los pedazos que erraban
en mi memoria.

Pedazos derechos y dolorosos.
Será negro.
Negro.

De la oscuridad nace el esplendor.

Oscuridad nocturna
que ronca encima de nuestras cabezas.
Noche gobernada por un ojo
alucinado y pálido.
Sed de frenesí y de miedo,
de Audacia y de pena.
Sed de Muerte y de Amor.

¡TIEMPO VIVIENTE...!

-Se oyen los martillazos. Bruscamente, se detienen.

TELÓN

(Paris, Diciembre 1991)